

RÍO TURBIO

Transiciones justas para sobrevivir al carbón

DICIEMBRE 2021



Las entrevistas que dieron forma a este reporte las realizó Mauro Fernández con el apoyo en la producción de Ernesto Zippo entre el 5 y el 11 de abril de 2021 en Río Gallegos y Río Turbio, provincia de Santa Cruz.

La investigación y redacción del informe fueron realizadas por Mauro Fernández para la Fundación Ambiente y Recursos Naturales (FARN) entre marzo y agosto de 2021.

Esta publicación fue posible gracias a la colaboración de la European Climate Foundation (ECF).

ÍNDICE

| | |
|----------------------------|----|
| RESUMEN EJECUTIVO | 03 |
| 1. INTRODUCCIÓN | 05 |
| 2. ¿QUÉ TRANSICIONES? | 07 |
| 3. HISTORIAS EN TRANSICIÓN | 08 |
| 3.1. EL OTRO RÍO | 08 |
| WANCITO | 09 |
| EL ÁNGEL NEGRO | 10 |
| 3.2. LA CAPITAL DEL CARBÓN | 12 |
| SOBREVIVIENTES | 14 |
| LÚPULO O SOCAVÓN | 17 |
| LAS TURBIAS | 18 |
| DE MIERES CON AMOR | 21 |
| 4. CONCLUSIONES | 23 |
| 5. BIBLIOGRAFÍA | 25 |

RESUMEN EJECUTIVO

La inédita e irreversible crisis climática que atraviesa la humanidad exige un drástico cambio de paradigma en su modelo de producción, distribución y consumo. La extracción y quema de combustibles fósiles, especialmente el carbón, representan la mayor causa del incremento de emisiones de gases de efecto invernadero, que producen el calentamiento de la atmósfera a nivel global. El reemplazo de estos combustibles por fuentes energéticas limpias y renovables es inminente, mientras que es incierto el impacto que este recambio tecnológico podrá tener para quienes trabajan en la industria fósil.

En este informe, la Fundación Ambiente y Recursos Naturales (FARN) se propone realizar una aproximación desde el ecologismo para conocer el imaginario de los trabajadores y las trabajadoras de Yacimientos Carboníferos Río Turbio (YCRT) —la mina ubicada en el pueblo del mismo nombre, en la provincia argentina de Santa Cruz— sobre el concepto y las experiencias de transición justa. Se trata de una idea que nace con los trabajadores petroleros estadounidenses en los setenta y se consolida a lo largo de las décadas, para ser hoy una reivindicación social global ante las urgentes transiciones ecológicas que la crisis climática exige.

Con ese trasfondo, este trabajo explora la historia, el presente y las alternativas al desarrollo fósil que imaginan —o no— los vecinos de la villa minera de Río Turbio. Sobre todo, indaga y busca transmitir experiencias desde el corazón del carbón argentino mediante la realización de entrevistas a los pobladores y pobladoras. Si bien la quema de este mineral es marginal en el país —genera menos del 1 por ciento de la electricidad nacional—, el caso de Río Turbio es emblemático desde su hegemonía productiva y por el fuerte lazo social de la comunidad con la actividad carbonífera.

Este reporte no busca respuestas definitivas. Explora historias y traza nuevas preguntas. Por eso ofrece una breve contextualización sobre la coyuntura que impulsa estas transiciones, al mismo tiempo que realiza una sucinta descripción del concepto de “transición justa”, muy explorado ya en otros estudios —algunos de ellos detallados en la bibliografía—.

En el ejercicio de sistematizar algunos puntos comunes sobre las transiciones que atraviesa el pueblo de Río Turbio, se destacan los siguientes:

- 1.** El fuerte arraigo territorial de la figura del minero. Esa identidad no puede ser disputada, sino resignificada a partir del reconocimiento de su historia.
- 2.** La menor resiliencia de las poblaciones con hegemonías productivas. “*Carbón o muerte*” es un lema repetido que, además de plantar batalla, resiste con desesperación. Por eso, una diversificación productiva será clave.
- 3.** Los feminismos están comenzando a hacer temblar estructuras históricamente masculinas y patriarcales, como la de la industria fósil. Al mismo tiempo, proveen una plataforma para resignificar el concepto de “transicionar”, alejándose de la idea de amenaza y acercándose a un camino de deconstrucción y aprendizaje.
- 4.** La producción alternativa a pequeña escala, como la de la cerveza artesanal, está encontrando su camino. No disputa hegemonía, pero construye nuevas opciones fuera de lo establecido.
- 5.** Los trabajadores y las trabajadoras son conscientes de que no son los principales responsables de la crisis climática. Demandan acción del Norte Global y, por eso, postergan su transición todo lo posible. Sin un Estado que acompañe estas transiciones en forma integral y con visión de futuro, la resistencia será inevitable.

Por otra parte, si bien este informe no explora soluciones programáticas, sí identifica caminos posibles y necesarios para abordar modelos de transiciones a escala humana. Al menos, uno principal: no existe un modelo ideal de transición justa, existen múltiples. Los habitantes de la cuenca pueden no conocer ese concepto, pero saben de sus urgencias: la falta de viviendas, la inflación que le gana a los salarios, el vaciamiento silencioso de la empresa (YCRT) y los jóvenes que aún no consiguen trabajo.

Agregar una nueva capa de complejidad a las urgencias sociales existentes, a través de la búsqueda de transiciones productivas, supone inevitable una reacción de resistencia. Solo una política de Estado que ofrezca alternativas para garantizar derechos sociales en el contexto adverso que atraviesan sus pobladores podrá demostrar que no se los dejará librados a su suerte. Del mismo modo, solo la acción del Estado afirmará que las transiciones no son solo energéticas y que deben realizarse considerando sus aspectos sociales, económicos y culturales. Para eso, la voz de los pueblos y los trabajadores de esta industria deberá ser permanente en el tránsito hacia el inevitable ocaso de los combustibles fósiles en la Argentina y el mundo.

1. INTRODUCCIÓN

Luego de décadas de advertencias científicas, negociaciones diplomáticas, movilizaciones populares y resistencias territoriales, la transición energética está comenzando a ser una realidad.

El Acuerdo de París, firmado en 2015, fijó los 2,0 °C de aumento de la temperatura —en relación a la era preindustrial— como un techo insuperable, y llamó a hacer todo lo posible para detener el incremento en 1,5 °C. La gravedad de las consecuencias en uno y otro escenario se intensifica en forma extrema. Las recomendaciones científicas para no superar los 1,5 °C son claras: las emisiones globales de gases de efecto invernadero deben reducirse a la mitad en esta década y llegar a cero en 2050. La escala de la transición es mayúscula, y sus tiempos, urgentes.

En este contexto, atravesado también por una crisis económica y sanitaria mundial, distintos gobiernos han comenzado a tomar medidas para reducir sus emisiones energéticas —el 71% del total global corresponde a este sector—, entre las que se encuentra, en primer lugar, la quema de carbón. Según el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (IPCC, por su sigla en inglés), el uso de carbón debe reducirse en un 78% en tan solo esta década, y para 2050 debe desaparecer por completo.

Esta evidencia, junto con las crecientes movilizaciones y demandas sociales al respecto, comenzó a paralizar la construcción de nuevas plantas de carbón. Al mismo tiempo, las carboeléctricas (plantas que producen electricidad utilizando el carbón como combustible) obsoletas anticipan sus cierres y empieza a verse, también, el cese de actividades en yacimientos mineros. En España, Alemania y el Reino Unido, países que han sido emblema de la extracción carbonífera luego de la Revolución Industrial, se decretan cierres que dan cuenta de estas transiciones.

Sin la adecuada planificación, inclusión y sensibilidad, estas medidas terminarán por poner el costo económico y social de esta reconversión sobre las espaldas de los trabajadores y las trabajadoras de la industria que potenció el desarrollo de las élites occidentales. No por nada estos mismos países, conjuntamente con otros del Norte Global que gozan de altos productos brutos internos (PBI), [son los responsables históricos de más de un 90 por ciento de la crisis climática](#) que atravesamos como humanidad (Hickel, 2020).

Dónde caerá el costo de estas transiciones tan urgentes como imprescindibles, producto del desarrollo insostenible y contaminante de las potencias de los últimos siglos, es la pregunta que guió a los movimientos sindicales, en primera instancia, a promover el concepto de “transición justa”. Se trata de una idea que busca evitar que sean los trabajadores quienes paguen con sus empleos y, seguidamente, con sus economías familiares, cargando así con las consecuencias de un modelo pensado y sostenido en beneficio de las élites y en detrimento del bien común.

El concepto de transición justa llegó para quedarse, formalizado en el marco de Naciones Unidas en el preámbulo del Acuerdo de París y a partir de las directrices publicadas por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) —ambos documentos aprobados en 2015—. No obstante, su significado continúa siendo un territorio de disputa.

Esta disputa de sentido comprende desde las definiciones concebidas por grupos consolidados que forman parte de las negociaciones internacionales hasta los significantes vacíos de algunos gobiernos, pasando por las experiencias y situaciones de las y los habitantes de los territorios que atraviesan en carne propia las complejidades que implica. En especial, los países del Sur Global, que cargan con menor responsabilidad histórica, mayores consecuencias ecológicas y sociales, y la misma urgencia por transformar sus matrices productivas.

Así, desde el recóndito sur del sur, en el pueblo argentino de Río Turbio, uno de los más australes del mundo, donde se ubica la empresa estatal Yacimientos Carboníferos Río Turbio, se evidencian las enormes complejidades que supone la construcción de una era posfósil para las villas mineras de un país de renta media alta, dependiente de la exportación de *commodities*, y que aún mantiene profundas deudas en lo que respecta a garantizar derechos sociales básicos. Es un caso testigo de los pueblos que han forjado no solo su economía, sino también su identidad, desde el socavón. Pueblos que hoy se encuentran en la encrucijada de una profunda resignificación o una resistencia cada vez más solitaria.

El rol del carbón en la Argentina es marginal: representa menos del 1 por ciento de la generación eléctrica¹. Y lo hace desde la Central Térmica San Nicolás, que quema carbón importado desde Sudáfrica, ya que el de Río Turbio es demasiado caro y de peor calidad. El desafío de ponerle fin al carbón en la Argentina no es técnico —su capacidad de generación de energía es fácilmente reemplazable si se recurre a renovables—, sino social.

Los dieciséis mil habitantes de Río Turbio pelearon, desde el Congreso del Carbón de 2001 hasta ahora, por una central termoeléctrica en boca de mina para rentabilizar su trabajo, aumentar la oferta laboral y lograr una extensión lógica para su actividad productiva. Sin embargo, parece algo contradictorio conectar a la red eléctrica la Central Termoeléctrica Río Turbio (CTRT), una nueva planta de 240 MWe (megawatts eléctricos) en plena crisis climática en un país con el 85% de su matriz energética de origen fósil² y que se comprometió tanto a ser carbono neutral en 2050 como a reducir un 7% sus emisiones en esta década en relación a las de 2010.

Río Turbio es el ejemplo más cabal de los pueblos que fueron edificados a partir de una hegemonía productiva. Desde la épica del descubrimiento del mineral, la fundación de la villa minera en los años cuarenta, la solidaridad internacional con los trabajadores chilenos en pleno auge de la dictadura pinochetista, las resistencias a las privatizaciones de la era neoliberal, la tragedia de la corrupción y el abandono, hasta la promesa de un sueño colectivo. En esa tierra nace la central termoeléctrica más inoportuna y confirma que todo gira alrededor del negro mineral.

Con esa historia a cuestas, Río Turbio hoy exige salir de la repetición del eslogan de la “transición justa” y sus significados teóricos, para explorar la concepción de esta posible *justicia* para las hijas e hijos de una identidad consolidada.

Lejos de hallar respuestas, este informe explora horizontes y transiciones en tiempo presente. Futuros posibles, caminos alternativos y paralelos que también son parte de la transformación —no solo energética— que el planeta demanda.

Para ello, entre el 5 y el 11 de abril de 2021 se realizaron trece entrevistas en Río Gallegos y Río Turbio, en la provincia de Santa Cruz, con el objetivo de conocer las miradas de los protagonistas sobre el pasado, el presente y los desafíos futuros de un pueblo dedicado a la actividad minera. Las entrevistas fueron realizadas por Mauro Fernández, autor de este informe, con el apoyo en la producción de Ernesto Zippo.

1. Tunbridge, P (2020). <https://ember-climate.org/wp-content/uploads/2021/03/Global-Electricity-Review-2021-Argentina-Translated.pdf>

2. BP Statistical Review of World Energy (2021). <https://www.bp.com/content/dam/bp/business-sites/en/global/corporate/pdfs/energy-economics/statistical-review/bp-stats-review-2021-full-report.pdf>

2. ¿QUÉ TRANSICIONES?

Antes de adentrarnos en las historias del pueblo, es necesario comprender sobre qué nos proponemos hablar. El concepto de transición justa nació en el seno sindical estadounidense en los años setenta, vinculado estrechamente a las transiciones energéticas por cuestiones ambientales y en referencia al objetivo de que el costo de los cierres productivos no recayera sobre los trabajadores.

Estas agendas comenzaron a interseccionar con las ambientales, las sociales y las productivas, cobrando mayor relevancia (siempre en Estados Unidos) con la llegada de la década del noventa. Recién con el nuevo milenio el concepto aterriza, de la mano de la Confederación Sindical Internacional (CSI, que nuclea a las principales centrales sindicales del mundo desde su nacimiento, en 2006), en foros internacionales como las cumbres climáticas de las Naciones Unidas y en las reuniones de la OIT.

Esta perspectiva sobre las transiciones llegó al plano global apalancada por los sectores obreros del norte occidental³. Era lógico: la industrialización se había consolidado allí, donde más responsabilidad recaía en las emisiones de gases de efecto invernadero. Allí, donde deberían realizarse primero y más drásticamente los esfuerzos necesarios para mitigar esas emisiones.

Si bien es razonable que hayan sido los trabajadores y trabajadoras del norte industrial quienes impulsaran estas batallas que hoy se libran en el sur, sus realidades distaban y distan de las de los sectores productivos de los países periféricos. Mientras que los trabajadores del Norte Global se anticiparon a sus líderes políticos, América Latina recibió y comenzó a problematizar el concepto recién con la llegada del nuevo milenio, de la mano de la Confederación Sindical de las Américas (CSA), el brazo regional de la CSI⁴.

La Argentina incorporó la narrativa de la transición justa con el gobierno encabezado por Alberto Fernández, que asumió el 10 de diciembre de 2019. Si bien no motorizó iniciativas notables al respecto, incorporó el eslogan en la línea discursiva presidencial. Sin embargo, a pesar de algunos encomiables esfuerzos sectoriales, ni los sindicatos, ni el Ministerio de Trabajo, ni las fuerzas mayoritarias dentro de la coalición de gobierno trabajan desde el precepto de que la hegemonía fósil, y con ella sus trabajadores y trabajadoras, está llegando a un abrupto final. De hecho, ocurre lo contrario.

No realizar el diagnóstico a tiempo para lograr una transición justa puede ser contraproducente, especialmente para quienes están en la primera línea: los trabajadores y las trabajadoras. Amenizar esa salida; evitar el impacto en los más vulnerables; construir alternativas productivas, educativas y culturales y comprender a cada región como única son solo algunos de los desafíos que el país tiene por delante si quiere cumplir con sus objetivos climáticos garantizando derechos sociales. Por eso, es necesario superar la enunciación y promover la participación de los sectores involucrados, tanto de abajo hacia arriba como de arriba hacia abajo.

3. Núñez, J. (2020). Transición Justa, debates latinoamericanos para el futuro energético. Observatorio Petrolero Sur (OPSur). <https://opsur.org.ar/wp-content/uploads/2020/11/Transicion-Justa-Jonatan-Nunez-1.pdf>

4. Ibid.

3. HISTORIAS EN TRANSICIÓN

Para la producción de este documento se realizaron trece entrevistas entre el 5 y el 11 de abril de 2021. A pesar del contexto de la pandemia de COVID-19, y siguiendo todas las recomendaciones de las autoridades sanitarias nacionales, provinciales y municipales, doce pudieron ser presenciales y solo una fue por vía telefónica.

Este capítulo resume algunas de esas historias en formato de crónica, contadas desde la voz del autor. Tiene como objetivo acercar las miradas de sus protagonistas sobre el pasado, el presente y los desafíos futuros de un pueblo forjado al calor del carbón, ante la revolución energética necesaria para hacer frente a la crisis climática con una perspectiva de justicia social.

3.1. EL OTRO RÍO

Ante todo, la pandemia. Las restricciones para contener la circulación de COVID-19 en la provincia de Santa Cruz hacen incierta mi llegada a Río Turbio. Así, por accidente, mi destino inicial es la ciudad de Río Gallegos, capital provincial emplazada en el extremo oriental sobre el mar Argentino.

La empresa, como llaman varios de sus dos mil trabajadores a Yacimientos Carboníferos Río Turbio, tiene en la ciudad una división a cargo de la gestión de Punta Loyola, el puerto desde el cual se busca exportar el mineral. Hoy no exporta nada. Tampoco envía carbón a la Central Termoeléctrica de San Nicolás que, según fuentes del sindicato Luz y Fuerza, importa carbón más barato y de mejor calidad desde Sudáfrica. Punta Loyola se limita a recibir, de tanto en tanto, toneladas de piedra caliza que se acumulan a la intemperie en el puerto, con el objetivo futuro de reducir las emisiones que expulsará, si finalmente se pone en marcha, la chimenea de la Central Termoeléctrica Río Turbio.

El transporte de material entre Turbio y Gallegos (que hoy en día se limita a la eventual recepción de piedra caliza) se realiza a través de 285 kilómetros de la vía ferroviaria industrial más austral del mundo, inaugurada en 1951, también propiedad de *la empresa*. Es una alternativa a los camiones de carga en una región hostil al tráfico terrestre, forjada en una época en la que el tren era aún un sueño posible. Los trabajadores ferroviarios de YCRT se agrupan en La Fraternidad, uno de los cuatro sindicatos con mayor presencia. Hoy no son más de sesenta.

Mi tiempo obligado en Río Gallegos ofrece encuentros inesperados. La mayoría, con trabajadores desplazados a Punta Loyola; casi todos, *nyc*, es decir, nacidos y criados en Río Turbio. Me encuentro también con Ernesto, empleado de correo, un rioturbiense de toda la vida que nunca trabajó en *la empresa*. Él es mi primer ejemplo de la apertura sin reservas ni condiciones que me esperaba en el viaje.

En un moderno café de la esquina de Kirchner y San Martín abre su agenda y me cuenta sobre la vida familiar en el viejo campamento de Mina 3, en el yacimiento, pero no pone el acento allí. La historia que quiere contar es la de los trabajadores y trabajadoras que resistieron ante los permanentes abandonos y vaciamientos por parte de distintas administraciones nacionales, como el experimento privatizante encargado al *liquidador* —apelativo elegido también por otros trabajadores— Sergio Taselli, por parte del menemismo durante el gobierno provincial de Néstor Kirchner. También recuerda los despidos de la era macrista, que continuaron a inicios de la gestión del Frente de Todos, ya con Aníbal Fernández como interventor, y el ajedrez político en el que se convirtió la región, especialmente luego

de la grave tragedia de los 14 mineros⁵. Tragedia que es una herida abierta en la historia de la cuenca carbonífera y del sentir colectivo santacruceño. Una herida que el entonces presidente Kirchner intentó cicatrizar con millones de dólares para la construcción de la Central Termoeléctrica Río Turbio, reclamo histórico de los trabajadores, hoy bautizada “Central Térmica 14 mineros”.

Ernesto me sugiere nombres, hace llamados. Todo para abrir la posibilidad de que la historia de su pueblo y la de sus luchadores y luchadoras siga siendo contada. Me dice también que escuche a Guajardo y a Lito Paredes. Descargo sus discos para que me acompañen durante los 300 kilómetros que deberé recorrer si el Centro Operativo de Emergencia de Río Turbio me autoriza el acceso.

Así, entre llamados y mensajes de WhatsApp, contacto a integrantes de la Asociación Trabajadores del Estado (ATE), del sindicato Luz y Fuerza, y referentes del centro de jubilados, pensionados y retirados de YCRT. Intento comprender los complejos e interminables lazos sindicales y políticos que se entrecruzan en una provincia en la que hasta el trabajo en una verdulería —según me cuenta mi amigo Iván, que vive en la capital santacruceña desde hace cinco años— se consigue a través de la nómina del sindicato de empleados de comercio.

En esta provincia, el derecho a la vivienda está concebido desde una perspectiva diferente de la de las grandes ciudades del centro del país, y la pertenencia a una estructura sindical promete (y, a veces, logra) garantizar tierra, techo y trabajo. Al menos esa promesa existe, tanto como la dificultad de prevalecer en una autonomía por fuera de esas estructuras tan contenedoras como verticalistas. La comunión y el plural se conciben renovados. La demanda militante, también, y se convierte casi en deber meritocrático.

WANCITO

“Santa Cruz: Tierra de Glaciares”, dice el cartel que Ariel Wanzo tiene pegado en la puerta de madera de su habitación. Media hora antes me había pasado a buscar por la casa de mi amigo Iván, a dos cuadras del Boxing Club, en Río Gallegos. Aunque yo tenía movilidad, Ariel me dijo que era mejor así, porque vivía en un barrio con calles sin nombre ni numeración. Un barrio “nuevo”, en construcción permanente, en las afueras de la ciudad.

La casa se la entregaron a su padre, Raúl, el “Wanzo” histórico del que Ariel se enorgullece. Raúl fue referente de ATE en los años de la resistencia al neoliberalismo y uno de los pioneros de la idea de la megausina. Ariel hablará con orgullo de su padre; también lo harán sus compañeros. Desde que su padre se jubiló y dejó la provincia, Ariel habita la casa con un perro que me llega a la cintura y que salta sin consciencia de su tamaño. Me ofrece café mientras lleva a la mansa bestia al jardín.

Antes de contarme sobre los anhelos que tienen los trabajadores de Punta Loyola —donde es delegado de la Junta Interna—, “Wancito” me explica al detalle cómo era ser minero de galería. Habla con nostalgia del trabajo que tuvo en su época de Turbio. Destaca los avances tecnológicos que ahorraron más vidas que millones, y la difícil decisión de dejar todo eso atrás. Cuenta sobre un amor y la distancia, que ya era demasiado larga para sostenerse. Una apuesta de la que no reniega, pero que le grabó su pasado bajo el cerro con una evidente nostalgia.

Miro a mi alrededor y, otra vez, el cartel en la puerta de su habitación: *tierra de glaciares*, con una foto del Perito Moreno. Recuerdo un eslogan ecologista que, en 2009, decía: *carbón o glaciares*. En la casa del minero se celebran los glaciares. La realidad es más compleja que los eslóganes. Justo entonces

5. El 14 de junio de 2004, catorce mineros fallecieron luego de un incendio en la cinta transportadora que provocó un derrumbe en Mina 5. Ver capítulo “Sobrevivientes”.

se agrega otra capa de complejidad: Ariel reflexiona sobre la contaminación directa de las chimeneas, que podría limitarse con piedra caliza. Relativiza las emisiones climáticas que produciría la megausina en comparación con las de la ganadería en manos del gran poder concentrado, y sentencia un testimonio inesperado: “Los viejos —como llaman los trabajadores a sus compañeros de mayor antigüedad— están en contra de la megaminería”. Las únicas explosiones se realizaron durante la intervención de Taselli, en los noventa. Desde el acceso al pueblo, aún puede verse el cerro volado. Ellos, dice Ariel, quieren a su tierra y no le harían ningún daño.

Destaca, también, que todavía hay unos mil nyc que están buscando trabajo en YCRT. “Sin trabajo no se puede cambiar la cultura, ni pensar a largo plazo; desde la estabilidad se piensa el futuro”, dice. Consciente de la situación climática y de los desafíos que esto supone para la quema de carbón, considera que “si no produce carbón, el pueblo se muere”.

Ariel cree, como su padre, que el sindicalismo debe velar por los derechos de los trabajadores y trabajadoras, adoptando una mirada de vanguardia y anticipando los problemas que están por llegar. Es consciente de la situación climática y reconoce la amenaza que representa para la industria carbonífera. Sin embargo, cree que es aún más amenazante la situación actual sin la megausina, que consumiría, según se promete, un millón doscientas mil toneladas de carbón anuales. “Esto reactivaría la actividad y podría hacerla rentable”, desea. Sin esa promesa, el futuro que imagina es desolador.

EL ÁNGEL NEGRO

Luis González es un dirigente de raza. Fue empleado de YCRT desde que se llamaba Yacimientos Carboníferos Fiscales (YCF), y un histórico delegado paritario de ATE. Por eso, como a todos sus compañeros, casi sin excepción, los viejos lo rebautizaron: Luis sería el *Angelito Negro*. “Ángel” me recibió en la puerta de las oficinas de la empresa en Río Gallegos, charlando con compañeros en la calle, que me escudriñaron de arriba abajo. Me hizo notar que llegué unos minutos tarde, y me llevó hasta las puertas del centro de jubilados, retirados y pensionados que dirige.

En varias ocasiones él se dirá uno más, pero “Ángel” hará pesar su historia en distintos momentos. Dudará y pondrá a prueba permanentemente el conocimiento (y las intenciones) de su interlocutor con nombres, datos, fechas y números. Lo hará hasta el mareo. Para él, todo tiene un por qué. Mi escucha sin repregunta lo descoloca. Mi desconocimiento sobre su historia y la insistencia sobre la posibilidad de un “después del carbón”, todavía más.

Cuenta sobre algunas de sus múltiples huelgas de hambre y cuestiona a la familia Kirchner: “Lupo (por Néstor) bancó la concesión a Taselli”, “Cristina estaba en contra de las cláusulas que protegían a los trabajadores”. No profundiza en su candidatura a diputado provincial de 2015 como parte de la Coalición Cívica, dentro de la alianza Cambiemos. González buscaba alternativas, al menos desde lo político, para el desarrollo de la cuenca.

El “Ángel Negro” es un testimonio vivo de las luchas que fueron. Recordará tomas, acampes y hasta guitarreadas en la Cámara de Diputados de la provincia. La lucha y el diálogo con el poder local —que ya entrado el siglo XXI consolidaría su importancia nacional— para él es moneda corriente. En gran medida, cree que esa persistencia logró mejorar sus condiciones de trabajo y obtener conquistas como el 82% móvil o pasajes de avión para que las familias mineras pudieran vacacionar en algún sitio soleado de la Argentina, para complementar de la falta de vitamina D que provocaba el permanente trabajo en el socavón. Luego de años de certificar viajes a Jujuy, la iniciativa terminó siendo moneda de cambio para reducir la jornada laboral de ocho a seis horas.

Hoy, los trabajadores de YCRT reclaman los aumentos de sueldo otorgados a otros empleados del Estado durante el gobierno de Mauricio Macri (25% en 2017, 25% en 2018 y 28% en 2019). Todas las inversiones se van a la usina, denuncian los trabajadores, ya que a ellos no les llega nada. Río Turbio es sinónimo de resistencia.

Para el “Ángel Negro”, no hay transición posible fuera del carbón. Sin embargo, **calcula que la venta de la electricidad que podría generar la termoeléctrica le dejaría a YCRT unos 80 millones de dólares anuales, mientras que su costo de mantenimiento anual es de 120 millones.** “Ni siquiera la megausina funcionando a pleno va a alcanzar para dejar de depender del Estado”.

Reivindica, sin embargo, los Congresos del Carbón en los que los trabajadores llegaron a la decisión de que la construcción de la megausina es la forma de dar sostenibilidad y razonabilidad económica a la extracción del carbón y no duda ni por un segundo de que fue acertada. Me dice que lo compruebe conversando con otros referentes de la lucha sindical. Le digo que lo haré, que el Centro de Operaciones de Emergencia (COE) acaba de autorizar mi ingreso —en realidad, el de cualquier turista con test de antígenos negativo y sin hacer cuarentena— y que parto hacia Río Turbio en cuanto terminemos la charla. Baja los pies de la mesa, se levanta y le pone cierre a su exposición.

Salgo del centro de jubilados con mayor vitalidad que visité en mi vida, justo cuando recibo el mensaje de uno de esos referentes que mencionaba “Ángel”. Es Ricardo Bordón. Me cuenta que su compañera estuvo complicada con COVID-19 y que, esa misma mañana, había sufrido un accidente cerebrovascular. Sin embargo, dice, haremos el esfuerzo (lo hará) para encontrarnos. Me desea buena estadía, y me da la bienvenida a la “capital argentina del carbón”.

3.2. LA CAPITAL DEL CARBÓN

*“A ver si se saca el sombrero, señor,
que va a pasar un minero.
El hombre que partió el silencio en el sur,
el hombre que fundó mi pueblo”.*

“Que va a pasar un obrero”, Eduardo Guajardo.

El GPS del auto alquilado con el que recorro la ruta 40, la más extensa de la Argentina, apunta hacia su extremo más austral. Sigo la recomendación que me hizo Ernesto en el café de Gallegos: *La ruta de la dignidad*, un disco de Eduardo Guajardo con Claudio Sosa, se convierte en la banda de sonido de los últimos kilómetros hacia Río Turbio. A los lados del asfalto, árboles pelados e inclinados por los vientos patagónicos, fauna silvestre y estepa otoñal. Un zigzag constante bajo las líneas de alta tensión. Solo interrumpirá el paisaje la megaestructura azul y blanca que se cierne a medio construir sobre el lateral izquierdo del camino. En la rotonda, junto a esa mole inconclusa y sobrefacturada⁶ que será la Central Termoeléctrica Río Turbio abre los brazos un Néstor Kirchner de bronce que se alza sobre una montaña de carbón.



Camino de acceso al pueblo, luego Avenida YCF.

Hacia la derecha, siguiendo las cintas transportadoras que van desde Mina 5 hasta los galpones de la nueva central termoeléctrica, se adivina un edificio vetusto, de paredes grises y ventanas rotas: es la usina de 21 MW que funciona a un tercio de su capacidad y genera energía para extraer el carbón que, luego, consumirá. Siete kilómetros más adelante, las luces del pueblo incrustado en la cordillera.

Las camionetas 4x4 y los autos alquilados no suelen llegar a verlo. La mayoría, provenientes de El Cafate o de Río Gallegos, viran cuarenta kilómetros antes hacia el paso fronterizo de Cancha Carrera, dorsal argentino de Torres del Paine, uno de los máximos atractivos turísticos de la Patagonia chilena.

Río Turbio, sin embargo, no está caído del mapa. No es ningún pozo. Es una localidad viva, incluso en este ya frío abril y en plena pandemia. De arquitectura sencilla y revoque intermitente, está construido de espaldas a una laguna repleta de flamencos australes y otras aves en la inmensidad que limita con Chile. Alejado de un centro de esquí de una belleza singular y rodeado por cabañas concesionadas y abandonadas, Río Turbio solo mira en una dirección: el yacimiento que lo constituyó desde un pasado cada vez más lejano.

El mapa rioturbiense es un libro abierto sobre su historia. Su plaza central, Centenario del Carbón. Su avenida YCF, que da acceso al pueblo y se desdobra en la avenida de los Mineros y la calle Agustín del Castillo.

6. Ver: https://wayback.archive-it.org/9650/20200215141409/http://p3-raw.greenpeace.org/argentina/Global/argentina/report/2010/cambio_climatico/disparate-economico-carbon-rio-turbio.pdf

Las y los rioturbienses habitan un presente en tiempo continuo en el que todo gira alrededor de una sigla; en el pasado fue YCF, hoy es YCRT. La empresa emplea a una cantidad de trabajadores que equivale entre el 10 y el 15 por ciento de los habitantes. Los negocios sobre la avenida de Los Mineros dependen del movimiento que genera. Los hoteles, todavía más. Sin embargo, hace años que YCRT está intervenida y solo subsiste gracias a las transferencias directas del Estado Nacional.

El pueblo proyecta su futuro desde el pasado que fue y, por un carril paralelo, atraviesa pequeñas transiciones que evidencian una sensibilidad y una apertura *a priori* inimaginables para el crudo frío patagónico que afina su arraigada identidad. Pero vibra. Tiembla. Crece. Transiciones de la producción a pequeña escala, de los cimientos patriarcales que, como en cada rincón, se empiezan a cuestionar; de los mitos y supersticiones que se hacen trizas cuando una minera *hackea* el socavón. Cuando las masculinidades fósiles se erosionan al calor de una era que exige más cuidado que perforación.

Río Turbio no está solo. Lo acompaña en su australidad la pequeña localidad de Julia Dufour, junto a la rotonda de acceso al pueblo. Unos kilómetros más al sur, el consolidado pueblo de 28 de Noviembre, declarado capital provincial del cóndor andino. Aún más allá, donde la vertical frontera argentino-chilena se tuerce hacia el este, el destacamento del Ejército Rospentek Aike y el semiabandonado Turbio Viejo, donde comienzan el ripio y la estepa más absoluta. Todas esas tierras fueron propiedad de YCF y, con los años, se fueron subdividiendo en la cuenca carbonífera.

La villa minera de Río Turbio se fundó oficialmente en diciembre de 1942, pero la primera estructura sólida se construyó en lo que sería el pueblo recién hacia el ocaso de la década. Fue más de medio siglo después de las expediciones de los pioneros, como la del teniente de navío Agustín del Castillo (1855-1889), descubridor de los primeros afloramientos carboníferos en la zona en febrero de 1887, y el geólogo Alcides Mercerat, quien cinco años más tarde profundizó la exploración a lo largo del río Santa Cruz. Se intenta materializar, algo tardíamente, el sueño del carbón mineral como motor de la industrialización del siglo XIX, en una clara decisión de sustituir las importaciones del mineral que llegaban desde el Reino Unido, mermadas por el impacto de la Segunda Guerra Mundial.

Así, luego del golpe de Estado de 1943, el presidente de facto Pedro Pablo Ramírez firmó el Decreto 12.648⁷ por el que crea la Dirección Nacional de Combustibles Sólidos Minerales. Comienza así la explotación experimental de Mina 1, con un pequeño asentamiento instalado donde hoy se encuentra el centro de esquí Valdelén. Los trabajadores abrirán Mina 1 a pico y pala, sin mayor tecnología. Hoy pueden visitarse los primeros diez metros de la antigua mina; un museo sin guía ni puerta de acceso. Del mismo modo se perforará el cerro desde 1947, con Mina 2, año en el que el Estado reconoce reservas equivalentes a un millón de toneladas de carbón mineral. Exultantes por los hallazgos, en 1950 avanzan con Mina 3, de mayor profundidad y extensión, y se inaugura la planta depuradora que, al día de hoy, continúa funcionando. En agosto de 1958, también por decreto⁸, pero ya bajo el gobierno democrático de Arturo Frondizi, se crea YCF, la empresa estatal a cargo de la explotación y gestión de la cuenca carbonífera. A lo largo de unas décadas muy convulsionadas, Río Turbio nació por y para el carbón. Un arraigo que, a través de los años, tuvo cimbronazos y momentos de gloria. En el contexto actual, atraviesa quizás sus años más decisivos.

El sacrificio de los trabajadores desplazados, muchos de ellos provenientes de las provincias del noroeste argentino como La Rioja, Catamarca, Salta o Jujuy, se integraba con el de la importante mayoría de mineros chilenos que llegaban de la vecina ciudad de Puerto Natales, a solo treinta kilómetros del yacimiento. La fraternidad del socavón, las largas jornadas de trabajo y el peligro inminente hermanaban a los trabajadores. Casi exclusivamente hombres, de diversas geografías, constituyendo la figura isotípica del encomiable minero que canta Guajardo. Una figura que, al mismo tiempo que se veneraba, relegaba el papel de las mujeres que sostenían la vida hogareña entre el miedo, la soledad y un compañerismo incondicional⁹.

7. Ver: <http://mepriv.mecon.gov.ar/Normas/12648-43.htm>

8. Ver: <http://mepriv.mecon.gov.ar/Normas/3682-58.htm>

9. Ver el trabajo de la fotógrafa y productora Mariana Menna.

Esta identidad, según varios trabajadores, se vincula también con una gesta patriótica por habitar —y defender— la frontera sur, limítrofe con Chile, así como potenciar luego del primer peronismo y el desarrollismo frondizista una industrialización fósil acorde a los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando se consolida una distribución internacional del trabajo que centraliza el poderío industrial en los vencedores y relega al Sur Global al rol de proveedor de materia prima barata. Otros hablan desde la conciencia de clase obrera y remiten a una solidaridad internacionalista. La concepción de las identidades varía, pero en todos los casos se aferra fuerte a la hermandad de los viejos y al sacrificio subterráneo que les ofrece una noche casi eterna.

SOBREVIVIENTES

El día de la tragedia, Ramón Páez no tuvo la cara negra. Ese día fue uno de los pocos en los que “Sietekilos”, apodo que le pusieron los viejos por su extremada delgadez, no había ido a trabajar. Luego de una semana laboral y las horas extra del fin de semana, Ramón había decidido descansar. Los diecisiete años que pasaron desde aquel día no helaron la emoción que lo toma cuando nombra a Nicolás Arancibia, a Silverio Méndez, a Víctor Hernández. No lista víctimas, evoca amigos.



Ramón Páez analizando la placa conmemorativa a los fallecidos en la tragedia de 2004.

El 14 de junio de 2004, catorce mineros quedaron atrapados en Mina 5. El fuego comenzó en la cinta que transporta el mineral desde el fondo del socavón y se propagó sin pausa a lo largo de cinco uniones, acelerado por el gas metano que desprende el yacimiento. El fuego quemó las vigas y los techos de madera. La montaña cedió.

Néstor Kirchner, ya presidente de la Nación, viajó al día siguiente. Habló de un “terrible accidente”. “Sietekilos” le dio la espalda. “Llegó tarde”, dice. “Hacía años que veníamos reclamando inversiones y medidas de seguridad. Ya les habíamos tomado las municipalidades de Turbio y de 28 de Noviembre, ¡hasta la Cámara de Diputados de la provincia!”. Páez reconoce que hubo avances, pero los sitúa en la lucha de los trabajadores. Kirchner, coincide con el “Ángel Negro”, fue cómplice desde la gobernación de la década de vaciamiento de Taselli, que dejó la empresa arruinada en 2002. Y una vez que la empresa volvió a la órbita estatal bajo la figura de la intervención, no hizo nada para mejorar su situación, asegura. Hasta que ocurrió la tragedia.

Además de hablar de un “accidente”, que muchos trabajadores consideran tragedia y otros “un crimen evitable”, Kirchner buscó una salida hacia adelante: anunció la construcción de la megausina, una reivindicación histórica de los trabajadores. Luego de varias idas y vueltas por su potencia, se decidió por 240 MW, lo que requeriría una producción de carbón de 1.200.000 toneladas anuales, un número que solo se alcanzó en el pico histórico de producción entre 1978 y 1983. Una zanahoria apropiada para salir de la conmoción. Una maniobra inteligente que “Sietekilos” no terminaría de creer. “De los noventa para acá, la empresa fue un caballito de batalla de la política”.

Ramón Páez nació en La Rioja, hijo de un padre viñatero y hermano de otros tres varones y cinco mujeres. Aterrizó en Río Turbio a los quince años e ingresó a YCF en 1971, cuando su auge aún estaba por llegar. Trabajó en los talleres hasta 1994 y desde entonces, y hasta 2013, lo hizo como minero de galería. No fueron sus primeras experiencias en el socavón. Durante la dictadura, más allá del rol que tuviera cada uno, los trabajadores debían entrar a la mina para incrementar la extracción. “Sietekilos” lo disfrutaba. Era su trabajo preferido. “Me gustaba salir con la cara negra”, dice con timidez, como confesando una intimidad.

Páez no cree que haya otro destino para el pueblo que la extracción de carbón. Sí se imagina una empresa carboquímica. Destaca cuarenta y tres derivados del carbón y supone que, tal vez, además de la energía, haya un camino en industrias alternativas.

Para pensar en la actividad turística, dice, falta demasiada infraestructura. Pero, sobre todo, cambiar la mentalidad de la gente. Al igual que otros colegas, le teme al fantasma de Sierra Grande: el pueblo que creció al calor de la minería de hierro y que colapsó por un decreto presidencial en 1991, que terminó con la producción sin ninguna política social que amortiguara el impacto. Sierra Grande es todo lo que Río Turbio no va a permitirse ser. Es el mejor ejemplo de la falta de transición.

Además de las placas conmemorativas por sus años de servicio, las tomas de mina en 1991, 1994 y 2001 y varios viajes militantes a la capital provincial, Ramón acumula una mancha en el pulmón derecho y una disminución de la capacidad auditiva. Son consecuencias de los años en la mina y de los oídos esforzándose por acostumbrarse a los ciento veinte decibeles ininterrumpidos de los martillos neumáticos. El día en el que me recibe en su casa, Ramón tiene cita para vacunarse contra el COVID-19; le toca la Sputnik. Está dentro de un grupo de riesgo y su salud le importa. Usa un barbijo de *animal print* azul que le queda grande. Seguirá yendo a las asambleas de ATE, porque ni su casa ni un centro de jubilados lo pueden contener.

* * *

Ricardo Bordón me recibe minutos después de terminada una asamblea en la sede de ATE, sobre la avenida de Los Mineros, muy cerca de una Iglesia Universal del Reino de Dios. Su compañera ya se estabilizó. Internada en Córdoba, el cuadro de COVID-19 había sido leve, pero el ACV los tuvo en vilo. “Fueron días de mucha angustia”, me escribió Ricardo por WhatsApp el día anterior. Sin embargo, no falta a la reunión del sindicato ni a su compromiso de encontrarse conmigo.

Bordón viste sencillo, de jogging y polar, con unos anteojos de marco grueso. La figura imponente en la mesa es la de Adonis Rojas, un clásico dirigente sindical de gran porte, cresta canosa y avasallante vozarrón. Adonis habla de la crisis habitacional que atraviesa la cuenca, esboza soluciones posibles. Ricardo se mantiene al margen y cuando habla, habla bajito. Todos hacen silencio para escucharlo. Bordón me da la bienvenida, ante la mirada atenta de cinco compañeros que habían participado de la asamblea. “Sietekilos” es uno de ellos.

Animal político y conocedor de la terminología, Adonis me interrumpe cuando hablo de transición justa. Me dice que estuvo en Katowice, Polonia, acompañando a los mineros del carbón que fueron parte de la redacción de la Declaración de Silesia, una iniciativa del gobierno polaco que organizó la COP24 —la cumbre climática de Naciones Unidas de 2018— en un pueblo de histórica tradición carbonífera. Esta declaración fue criticada por ecologistas que consideraban que solo relacionaba el concepto de justicia con mayores plazos para la transición, algo que sería incompatible con los objetivos del Acuerdo de París.

Inmediatamente, intervienen otros compañeros. “¿Qué es el sur para el centralismo porteño?”, pregunta uno. “El patio de atrás”, responde otro. El único sustento real, coinciden, es el carbón para promover la soberanía energética y nacional. “La diversificación es un *engaña-pichanga*”, se anticipa alguien.

“El potencial turístico es un *chamuyo*, es mirada de ricos”, cree Adonis. La mesa eleva los decibeles, mientras que Ramón y Ricardo permanecen en silencio. Cada tanto asienten. Me invitaron a ver la sinfonía de un sentimiento. La ejecutan las palabras, el tono y la fuerza con la que se expresan esos referentes del sindicato más importante de la cuenca carbonífera. Las piezas se mueven y no admiten enroques.

También son críticos. “Se robaron cuatro usinas y la gente no tiene casa”, dice uno. Denuncian que la violencia crece por el hacinamiento y que este es producto de la corrupción. “El *choreo* que hay frena las viviendas”, sentencian, haciendo corresponsable al gobierno municipal. Aunque casi nadie la menciona, la corrupción está ahí. Se reconocen los sobreprecios, el fiasco de la intervención de la empresa española (ya quebrada) Isolux Corsán, los enriquecimientos. Sin embargo, no aparece en el imaginario colectivo local como sí lo hace en la mirada desde Buenos Aires. Allí se reivindican sus luchas, con sus conquistas y sus derrotas. La corrupción no es vista como un problema de los trabajadores, sino de la política.

Casi sin poder meter bocado, la sobremesa de la asamblea sigue cubriendo todos los puntos que podría haber indagado. Que “no usamos cianuro como en Famatina”, que “somos la única minería en manos del Estado”, que “el aire de Buenos Aires está más contaminado que el de Río Turbio” y que “las vacas de los terratenientes generan más daño al clima” que su actividad. Los delegados saben lo que hacen y lo que dicen. Por eso, incluso Bordón, antes de invitarme a salir, considerará que el futuro de la cuenca es convertirse en un polo energético. “Es esto o nada”, se despedirá Adonis.

* * *

En los pabellones que quedan en pie a la entrada del pueblo, Ricardo y Ramón caminan juntos. Se adelantan unos metros para hablar sin ser escuchados. Tal vez compartan historias sobre su pasado en esos pasillos de tierra. Los veo desandando aquellos años. Conversan muy cerca, caminan casi sin despegarse. Remueven recuerdos y, en un momento, me señalan un pabellón: “Ahí vivía yo cuando llegué”, dirá Ramón, mientras señala sin detenerse.

En la entrada al barrio viejo, al lado del acceso al pueblo, se levanta un monumento al minero. Posan sin ganas para una foto y, de inmediato, se acercan a la placa que tiene el nombre de las catorce víctimas. En línea con la frialdad elegida por el entonces presidente Kirchner, la placa recuerda la “nómina de agentes caídos en el accidente de 2004”. Junto a sus nombres están inscriptos sus números de legajo. Un recuerdo telegráfico, que Ricardo y Ramón mirarán de cerca, deteniéndose en cada nombre.

Bordón entró a *la empresa* un año después que Páez. Siempre hizo trabajo administrativo. “Yo era débil físicamente, pero lo compensaba con fortaleza espiritual”, confiesa. Manifestó esa fortaleza y su pericia política en las internas de ATE. Cree que *la empresa* tiene algo “casi místico” en relación a la fraternidad que genera. Es crítico del kirchnerismo por su rol durante la intervención de Taselli y considera que contribuyó a la despolitización del movimiento obrero de los años que siguieron. Desconfía, también, del oportunismo político de la construcción de la megausina, pero lo anota como una victoria de los trabajadores.

Cuando se miran, Ricardo y Ramón son cómplices de una resistencia por la industria nacional del siglo que pasó. Celebran, juntos, haber compartido pabellón con los exiliados chilenos de la dictadura pinochetista. También, haber echado a Taselli, porque consideran que la victoria fue también sobre el plan del Fondo Monetario Internacional. Tienen conciencia geopolítica y saben que la lucha por sus derechos colectivos se inserta en un marco internacional. Aun así, la descarbonización global no parece, todavía, preocuparles. No creen que sea una lucha de su generación.

LÚPULO O SOCAVÓN

Son las tres y media de la mañana cuando Maximiliano Gómez cierra la puerta de la fábrica que será cervecería. Después de mostrarme su santuario, me acompaña caminando hasta el *apart* hotel donde duermo. Esa había sido mi primera noche en el pueblo y todavía no conocía su irregular traza; mi sensación era la de un absoluto extranjero: un intruso que observaba sus recovecos e inquiría sus porvenires.

En esa fábrica, que pronto abrirá al público, Maximiliano produce la cerveza Pionera. Un homenaje al Almirante de Navío Agustín del Castillo. Las etiquetas, incluso, llevan la leyenda “Capital Nacional del Carbón”. Todo en su cerveza transpira identidad rioturbiense. Le compro un litro de IPA negra, me regala el envase y una bolsa con el logo de la marca. Maxi sabe lo que hace. Quiere que el nombre de su cerveza llegue a todas partes. La identidad que etiqueta un modelo productivo distinto a la hegemonía local.

Maxi es el único de los hombres de su familia que no trabaja para *la empresa*. Se fue a los dieciocho años a estudiar ciencia política y relaciones internacionales en la Universidad Católica de La Plata y dirigió la revista social y cultural La Carbonera. Regresó al pueblo con una idea muy extendida en las grandes ciudades, pero no tan explorada en su pueblo natal. Volvió para abrir una cervecería y seguir su camino en los medios de comunicación —es la cara del noticiero del mediodía y todas las mañanas conduce uno de los programas más escuchados en una de las pocas radios locales de capitales privados—.

Volvió, también, para construir una alternativa política que anhela renovar la cúpula de los caciques locales. Mientras comenzaba su producción a pequeña escala, Gómez fue candidato a concejal por el partido SER, alineado con Claudio Vidal, secretario general del Sindicato de Petróleo y Gas Privado en Santa Cruz. No logró entrar. Varios referentes tradicionales lo desalentaban, le decían que para qué iba “por afuera”. Él confiaba en su apuesta. Tanto, que cuando quedó afuera, lo tomó como una señal para enfocarse en Pionera, abrir la fábrica al público, y generar empleo en la zona. No obstante, sigue militando por esa idea política que él cree una renovación.

Años atrás, en La Plata, mientras buscaba una campera en un local de ropa, Maxi tuvo una premonición. Dejó el perchero que estaba mirando y se fue del negocio. Se encontró con un amigo con el que estudiaba y cuando le contó lo que había sentido, recibió como respuesta una risa incrédula. También el desafío: que vamos, que vas a ver que te estás volviendo loco, que no hace falta, que dale, que si queda de paso a la uni. Y fueron. Los patrulleros rodeaban el local del que Maxi había huido sin saber por qué. Les contaron que había entrado un hombre armado que intentó forzar la caja. La policía había llegado rápido y el ladrón había escapado. “Decime a qué le juego mañana en la quiniela”, bromeó el amigo entre la sorpresa y la negación.

Desde entonces, cree en sus intuiciones. Por eso, a su regreso desafió el legado familiar sin confrontar, sino construyendo alternativas, sin perder su identidad. Su padre, Julio, y sus hermanos, no lo tomaron en serio. Durante un tiempo, dejaron de hablarle. Cuando Pionera empezó a prosperar, a venderse en comercios locales e incluso en otros puntos de la provincia, el conflicto amainó. El Maxi que habían imaginado los hombres de su familia, dejaba de existir. Crecía y nacía un nuevo caminante, con porvenires inciertos.

“Creo que el turismo posindustrial es una posibilidad cierta para el pueblo cuando se deje el carbón”, imaginará luego de varias repreguntas. “Las visitas a minas abandonadas son un *boom* en distintos lugares del mundo; si lo complementamos renovando la pista de esquí y promocionándonos mejor en el mundo, el turismo podría ser una buena fuente de ingresos. Junto con la agricultura y los pequeños procesos productivos, nos podría dar alguna posibilidad”. Maxi dibuja horizontes. No asegura, pero vislumbra mañanas posibles.

En la caminata de regreso, me asegura que, aunque al principio fue difícil abandonar el mandato de YCRT, ahora se siente pleno y su familia lo acompaña. Incluso un hermano le preguntó cómo era eso de fermentar la cebada y qué había que hacer para animarse a crear un emprendimiento.

LAS TURBIAS

“Yo hackeé el sistema”, dice Carla Antonella Rodríguez, orgullosa, en la mesa de su casa. “Me vestí de tipo para la entrevista y, como todavía no había cambiado el DNI, me mandaron al socavón. Cuando quedé efectiva, no me sacaron más”. Carla venció al sistema, pero, sobre todo, derribó la superstición. Según el imaginario popular minero, las mujeres solo pueden ingresar a la mina el 4 de diciembre, el día de Santa Bárbara, patrona de los mineros. El mal augurio que supone el ingreso de una mujer en cualquier otro día podría ser letal. Durante los últimos diez años, Carla ingresa a Mina 5 todos sus días laborables.

Durante los tres meses de prueba, hizo silencio. Soportó insultos, burlas y *machiruleadas* de parte de algunos compañeros. “No eran la generalidad”, recuerda. “En un ingreso en el colectivo, ya dentro de mina, un compañero me gritó ‘maricón’. Me levanté de mi asiento, bloqueé la salida y le dije que viéramos quién era más maricón en ese colectivo”. Recuerda las risas de los compañeros y el apoyo que recibió desde entonces.

Carla cuenta risueña y analiza con cautela. Repasa una anécdota, no la normalidad. Ricardo Bordón, dirigente de ATE desde los ochenta, cree que “Carlita demuestra que las mujeres pueden entrar a trabajar en la mina”. Parece que su historia quebró la historia. Ella desconfía: “No cambió nada, la cultura patriarcal sigue siendo la misma y la sororidad feminista, a veces, deja bastante que desear”. A pesar de su mirada crítica, cree haber encontrado en la mayoría de sus compañeros y compañeras, un apoyo importante para continuar trabajando de lo que le gusta mientras milita para ampliar derechos del colectivo LGBTQ+.

Así lo vivió luego de 2012 cuando, bajo la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner, el Congreso Nacional sancionó la Ley de Identidad de Género. Sus legajos seguían reflejando su nombre muerto, pero ella creía que cambiarlo podía suponer un problema laboral. El apoyo de amigas y compañeras de militancia la alentó a avanzar. El día que llevó su documento rectificado, la burocracia fue muy sencilla. Sin embargo, una vez realizada la actualización del legajo, llegó la advertencia: “Vas a tener que pasar a superficie”.

Esa batalla se sostiene desde entonces, entre las amenazas de reubicación y la exigencia, de su parte, de que los motivos se le entreguen firmados por escrito. El machismo y la superstición no encuentran un marco legal para sacarla de la mina. Si lo hacen, la denuncia por discriminación podría costarles el puesto y, seguramente, un escándalo mediático que nadie quiere asumir.

* * *

Erika Halvorsen es una directora santacruceña, amiga de Carla desde hace años. Además de largometrajes como *El hilo rojo* y *Desearás al hombre de tu hermana*, Halvorsen escribió una crónica en *Revista Anfibia* titulada “La reina del carbón”. Allí cuenta una de las historias más inesperadas del socavón rioturbiense. Erika escribe que los sueños de las niñas de su infancia se limitaban a ser elegidas como reinas en la celebración de Santa Bárbara. No había horizonte más allá de la belleza.

En *Río Turbio*, la película de la realizadora y directora Tatiana Mazú, Vanesa, una de las entrevistadas, cree que “es difícil que reconozcan que, por ahí, las mujeres somos más que mujeres”. Y agrega: “Tienen

un poquito de miedo los hombres de que las mujeres podamos hacer algo que consideran que son los únicos que lo pueden hacer”.

Pienso en una frase de la embajadora de cambio climático de Antigua y Barbuda ante Naciones Unidas, Diann Black-Layne: “El principal obstáculo [para mitigar los impactos climáticos] no es el dinero, no es la tecnología ni es la voluntad política: es el miedo de una industria dominada por el género masculino a perder su poder”.

La película de Mazú recorre la historia de las mujeres que resistieron en las tomas de la mina durante la aventura privatista a cargo de Taselli y, especialmente, los acampes y las protestas durante los despidos realizados por el interventor macrista Omar Zeidán. Las mujeres cuidaban, alimentaban y, sobre todo, ponían el cuerpo. Tenían un rol protagónico que la historia inmediata no les iba a reconocer.

En esta línea también se expresa la fotógrafa y realizadora audiovisual Mariana Menna, quien durante los últimos años lleva adelante un proyecto denominado “Madres del carbón”. En el documental, que todavía no logra terminar, explora la cara oculta del desarrollo minero del pueblo. “El silencio del anonimato, la otra cara del ‘desarrollo’”, tal como dice Menna.

* * *

“No soy minero porque nací mujer, no tenía otro destino posible”, dice Menna cuando irrumpe en casa de Carla sin avisar. Bordón le había contado que me encontraría con Carla y decidió acercarse hasta el hogar de su amiga con un cuaderno donde lleva el registro de las historias que documentó. Trajo también una cámara de fotos y gatilló algunas veces mientras Carla, con timidez, se tapaba la cara. Hablará fuerte y preguntará más que yo. Contará sus viajes por Argentina y por Europa. Dirá que moverse abre la cabeza, y que el pueblo se tiene que mover. Dirá que es feminista a la fuerza, por ser mujer en un pueblo minero. Dirá, con la complicidad de Carla, que ellas son “las turbias del Turbio”.

Carla cree que el de Erika es el único reconocimiento a su lucha. No lo dice con resignación; no quiere laureles. Vive su historia para sí misma, no para los demás. Sí le gustaría que las deconstrucciones fueran más rápidas y que se agilizara el derecho del colectivo LGBTIQ+ a acceder en forma equitativa al trabajo. Desde que conversé con ella en su casa, hasta el cierre de este informe, el Congreso de la Nación aprobó la llamada Ley de Cupo Laboral Travesti-trans. En las redes sociales, Carla celebra la victoria y espera que esto la acerque a tener más compañeras trans en YCRT.

Entiende, quizás más que cualquier compañero, que las transiciones no son de un día para el otro ni ocurren por gracia divina. Sabe que se transitan con sacrificio y, muchas veces, contra la voluntad de un contexto, incluso íntimo, que no acompaña sentires sino que se aferra a preconcepciones. Carla vivió momentos difíciles, pero en pequeños símbolos siente una especie de reparación. Como el día en el que su padre le dio dinero para comprarse un vestido, o cuando la defendió públicamente de una burla en los talleres de la empresa.

Las transiciones son duras, pero más duro es atravesarlas en soledad. El acompañamiento, no solo del círculo íntimo sino también de un Estado presente, empático y sensible, es necesario para potenciar caminos identitarios disidentes a la norma. Carla defiende el carbón, como la mayoría de sus compañeros, porque cree que es lo que le da vida al pueblo. Sin embargo, entiende que es un momento bisagra —o más bien “puente”— hacia un horizonte que no conoce, pero en el que reclama participación. “Si no hay futuro en el carbón, que ofrezcan futuros posibles”, dirá.

Le cuento sobre un estudio que explora las *petromasculinidades*¹⁰ y se ríe, como si no fuera necesario tanto análisis. En el estudio, la autora, Cara Daggett, considera que “el concepto de *petromasculinidad* sugiere que los combustibles fósiles significan más que ganancias; los combustibles fósiles contribuyen

10. Ver: <https://journals.sagepub.com/doi/full/10.1177/0305829818775817>

también a desarrollar identidades, lo cual supone riesgos para políticas energéticas que superen el dióxido de carbono”. Lo asocia al surgimiento de las nuevas derechas autoritarias que realizan la idea del “macho fósil”, como por ejemplo Donald Trump en Estados Unidos, en el que focaliza su trabajo. Daggett cree que la intersección entre género y energía continúa subestudiada.

“La cultura carbonífera es identitariamente machista”, coincide Carla. Mariana interrumpe con un grito: “¡El día que este pueblo corone a una travesti como Reina del Carbón, se derrumba la mina!”.

A Vanesa Galván la despidieron el día de su cumpleaños. Luego de once años en YCRT, el 24 de enero de 2018 recibió la notificación con el remitente del interventor, Omar Zeidán —un hombre criado en el pueblo que, luego de la gestión, debió abandonarlo entre pintadas y amenazas—. En abril, después de tres meses de lucha sostenida y colectiva, Vanesa fue reincorporada.

Cree que luego de las reincorporaciones no se pensó más en qué pasaría si cerraba la mina. ¿Qué vamos a hacer si la pasan a gas?, pregunta. “Solo sabemos ser mineros”, contesta. “Se muere el pueblo”, sentencia.

Tiene cuatro hermanos y cinco hijos, todos varones. Bendita tu eres, Vanesa. Los primeros, electromecánicos en la empresa. Los últimos son todavía demasiado chicos. Como madre, quiere que estudien. Que abran la cabeza y que conozcan otros horizontes. “Me moriría si salen mineros”, dice sin vergüenza. No reniega, imagina un futuro distinto.



Vanesa Galván con su casco rosa y campera YCRT en la Avenida de los Mineros.

Vanesa trabaja en la planta depuradora de la empresa. Es delegada del segundo sindicato más fuerte después de ATE: la Asociación del Personal Superior (APS). Un sindicato controversial —ilegal, según algunos afiliados de ATE— que nuclea a unos setecientos trabajadores jerárquicos, de jefes de departamento hacia arriba. Vanesa y dos compañeras son las únicas mujeres entre los treinta delegados de APS. También es una de las doscientas empleadas en una empresa con más de dos mil trabajadores. Una de cada diez, la constante aparente.

“A mí una mujer no me va a dar órdenes”. Lo escucha una y otra vez, ya cada vez menos. En ocasiones, los subordinados patearán escritorios, gritarán o tirarán papeles al piso. La ira contenida rebalsa. Se deja ver. Las denuncias por violencia laboral, también, pero no trascienden.

La crisis de los despidos de Zeidán, en enero de 2018, rompió algo y unió otra cosa. Nacen las Mujeres del Carbón, una alianza entre trabajadoras municipales, de la empresa y familiares, en la defensa de los puestos de trabajo. Muchas veces, ese ingreso es el único sustento de sus familias. Los mineros tradicionales ven la fuerza de este colectivo y la reconocen. Vanesa cree que la huelga de 2018 tendió un puente interseccional, unió oficios, roles y géneros. “Nació una nueva generación”, considerarán algunos. La defensa del carbón es indiscutible, pero en el “cómo” y especialmente en el “quiénes”, algo empezó a cambiar.

* * *

Una trabajadora municipal, llamémosla N, destaca a Vanesa por haber roto el techo de cristal. Por demostrar que las mujeres también pueden hacer algo más que tareas de maestranza o administrativas. La celebra como celebra a Carla, dos mujeres que lograron romper los destinos que la cultura, tanto del pueblo como de la empresa, les tenía reservados. Superar el papel secundario de compañeras del encomiable minero, de mamás de esos niños con el destino escrito. Empezar a dejar atrás la agonía en la espera y el silencioso regreso.

N también cree que “si no hay carbón, se pierde el pueblo”. Resalta que con los años se disipó la solidaridad: “Tiza y carbón, el emblema de la unión docente y minera, quedó atrás por la prepotencia y la falta de compañerismo de algunos que progresaron económicamente”. “El dinero les nubla la cabeza”, dirá alguien más.

Aunque nació en una provincia del noroeste argentino, hace cuarenta años que N no lo visita. “Estoy enamorada de Río Turbio”, dice la madre que cocinó en las huelgas de 2018, como parte de las Mujeres del Carbón. Quería convocar a la familia, organizar actividades. Mantener vivo al pueblo aún —y especialmente— en la resistencia. Cree que cuando alguien se abre a la comunidad, la comunidad acompaña. Movilizar y transformar no es un proceso de imposición vertical, sino de aprendizaje conjunto. Ocupa su rol, comprende y escucha. Cada tarde, sale a caminar por la montaña buscando nuevos atardeceres.

DE MIERES CON AMOR

El intendente Darío Menna me recibe en su despacho un sábado a la mañana. Esa noche debo tomar el avión de regreso desde El Calafate. Es el último día antes de que vuelvan a aplicarse las restricciones para ingresar a Río Turbio sin hacer una cuarentena obligatoria de siete días.

La entrevista se demoró por la cautela de su secretario privado, Oscar Rodríguez, que investigó algunos periodistas homónimos, como un colega de Clarín que tiene mi nombre y, en base a esos hallazgos, postergó la entrevista. Solo luego de cierta insistencia, de darle algunos nombres de las personas con las que había conversado y aclararle que no había trabajado nunca para el multimédios, me dio esa cita al final del recorrido: la última palabra la tendría la política.

La Municipalidad parece desierta, con excepción de esos dos hombres. El intendente fuma tabaco y toma mate. Habla con seguridad. Dice lo que la política puede decir: que “el carbón es todo”, que es energía para todo el país y economía para toda la cuenca, que es un acto de soberanía y que la megasina definirá el futuro de los próximos veinte o treinta años de la región. Sueña, también, con la instalación de un polo industrial que podría aprovechar la energía “barata” que proveería la nueva central. Todo, asegura, con estricto control ambiental y un enorme valor agregado para la economía local y nacional.



Flamencos australes en el dique San José.

Menna esboza también, aunque con menos convencimiento, que hay que potenciar mucho el turismo en la zona con la pista de esquí en Valdelén, las cabañas del Club Andino, los senderos saludables que atraviesan el Bosque de Duendes camino a la frontera con Chile y promover actividades acuáticas en el dique San José. Reconoce que la inversión privada está creciendo, pero a un paso demasiado lento para ofrecer soluciones. Describe un Turbio escondido, que tiene tonos de Villa La Angostura y matices de Traslasierra. Lagunas, sierras y flamencos; pistas de esquí en plena cordillera: un folleto completísimo. Ese Turbio, sin embargo, está de espaldas al punto de fuga que se lleva todas las miradas (y las inversiones): el monstruo de YCRT. Convencido o no, Menna reconoce: “Las transformaciones llevan tiempo, pero hay que dar el puntapié inicial”.

Dos veces, Menna recordará su origen. Su abuelo fue minero del carbón en Mieres, Asturias. Compartió socavón con los abuelos del hasta entonces interventor de YCRT, Aníbal Fernández. El abuelo paterno del intendente llegaría a Buenos Aires en 1962, luego de la huelga minera de Asturias que confrontó al régimen de Franco. La dictadura franquista respondió con violencia, torturas y deportaciones. El abuelo Menna logra llegar a Buenos Aires, donde vivía su suegro. En cuatro meses, consigue trabajo en Río Turbio y se instala definitivamente.

Asturias es hoy uno de los focos más desafiantes para el **Instituto para la Transición Justa** que depende del Ministerio de Transición Ecológica y el Reto Demográfico del gobierno de España. Con participación de los trabajadores, las centrales sindicales, las compañías eléctricas y los gobiernos autonómicos, el plan promueve inversiones en alternativas como la geotermia, el hidrógeno verde, la promoción turística y la remediación ambiental. Al cierre de este informe (septiembre 2021), cuenta con **fondos aprobados por 70 millones de euros**, casi más del doble que la región de Castilla y León, la segunda con más recursos comprometidos por parte del gobierno central. En los orígenes del intendente suena una alarma sobre lo que está por venir.

4. CONCLUSIONES

La crisis climática y ecológica es inequívocamente antropogénica, producto de un modelo de producción y consumo insostenible e inequitativo. Para evitar peores impactos es preciso comenzar con una transformación tecnológica en materia energética. La ciencia ya demostró que el camino necesario para limitar el aumento de la temperatura en 1,5 °C durante este siglo requiere que el uso del carbón desaparezca en los próximos años.

El modo en el que se realicen estas transformaciones puede determinar la vida de millones de personas. Seguir el camino de reducción de emisiones que traza la ciencia climática sin incorporar los potenciales impactos sociales puede tanto agravar la inequidad como dilatar las transformaciones necesarias —por la esperable resistencia popular—. La ciencia indica cómo mitigar la crisis ecológica. La política debe amortiguar el impacto en el tejido social y transformar la reconversión en nuevas alternativas para las mayorías.

Para pueblos como Río Turbio, edificados a partir de hegemonías fósiles, estas transiciones pueden suponer una amenaza existencial en el corto o mediano plazo. Sin embargo, la aproximación que intenta este informe evidencia que los trabajadores y las trabajadoras enfrentan otras prioridades. No imaginan alternativas, en gran medida, por la unicidad productiva que definió su historia. Cuestionar su principal actividad económica supone para ellos un cuestionamiento a su identidad.

Las transiciones energéticas no aparecen en el imaginario rioturbiense. Sin embargo, la villa minera atraviesa transiciones simultáneas y de otra índole. La aparición de pequeñas producciones artesanales, el desafío a las tradiciones políticas y, especialmente, el cuestionamiento de las estructuras patriarcales, comienzan a encontrar espacio. Estas transformaciones suponen nuevos enfoques que agrietan y redefinen la aparentemente infranqueable identidad colectiva.

Las transiciones no están exentas de costos asociados. Sin un Estado que las planifique y acompañe, cuidadosa y empáticamente, los costos podrán ser demasiado altos, especialmente para las y los trabajadores. Un enfoque meramente tecnocrático, así como la repetición de un eslogan que no incorpore las visiones territoriales, podrá replicar el temor mencionado en reiteradas oportunidades: el fantasma de Sierra Grande. La resistencia sería inevitable.

Las historias que se exploran en este informe permiten imaginar la distancia y complejidad de esta tarea. También, que hay transiciones que ya están en marcha, tanto de índole productiva y cultural, como de organización obrera o de conciencia ambiental. Estas experiencias que transmiten las y los vecinos de un pueblo forjado al calor del pico y la pala permiten desarmar el estereotipo de la figura impermeable que supone el minero para el imaginario urbano. Hoy los mineros atraviesan cambios profundos que son parte, también, de un cambio de época.

Cuando las mineras y los mineros resisten, se aferran a lo conocido. “Lo importante es permanecer; por permanecer logramos lo que logramos”, relata una entrevistada en la película *Río Turbio*, de la directora Tatiana Mazú. Esa permanencia es la del plato de comida en la mesa para la familia, la pequeña reforma en la casa o la pertenencia colectiva. Será más sencillo hablar de resiliencia cuando las opciones abundan. Las dieciséis mil personas que habitan el Turbio no conocieron, nunca, una alternativa. No se les puede pedir un salto al vacío.

En el ejercicio de imaginar puentes posibles, es evidente que estos pueblos requieren, sobre todo, la empatía de la gobernanza local, provincial y nacional, para pensar políticas localizadas y efectivas que aborden sus particularidades.

YCRT ha sido, y continúa siendo, destinataria de millonarios subsidios estatales, a pesar (o producto) de la corrupción y la insostenibilidad económica. No se trata de pensar si el Estado acompaña económicamente a Río Turbio —algo que ya ocurre— sino de cómo hacerlo en línea con los desafíos que el pueblo enfrentará en los años venideros. La propiedad estatal de la empresa puede ser una oportunidad para que el bien común prevalezca, promoviendo diálogos para construir futuros posibles, en línea con los compromisos nacionales en materia de cambio climático.

Tal vez no haya una receta para la Transición Justa, con mayúsculas y en singular. Por eso, el Estado deberá explorar una multiplicidad de factores, geografías y transversalidades para encontrar el mejor modo de catalizar las transiciones que ya están ocurriendo, así como guiar y acompañar aquellas otras que aún no ven un horizonte.

5. BIBLIOGRAFÍA

Núñez, J. (2020). Transición Justa, debates latinoamericanos para el futuro energético. Observatorio Petrolero Sur (OPSur). Disponible en: <https://opsur.org.ar/wp-content/uploads/2020/11/Transicion-Justa-Jonatan-Nunez-1.pdf>

Fuentes, C., Larraín, S., & Poo, P. (2020). Transición justa desafíos para el proceso de descarbonización, la justicia energética y climática en Chile. Santiago: Chile Sustentable. Disponible en: <http://www.chilesustentable.net/wp-content/uploads/2020/12/Transicion-Justa-baja.pdf>

Organización Internacional del Trabajo (2015). Directrices de política para una transición justa hacia economías y sociedades ambientalmente sostenibles para todos. Disponible en: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_emp/---emp_ent/documents/publication/wcms_432865.pdf

PAGE Argentina (2021). Diagnóstico laboral de la transición justa hacia una economía verde en la Argentina. Disponible en: https://www.ilo.org/buenosaires/publicaciones/WCMS_789251/lang--es/index.htm

Hickel, J. (2020). Quantifying national responsibility for climate breakdown: an equality-based attribution approach for carbon dioxide emissions in excess of the planetary boundary. Disponible en: [https://www.thelancet.com/journals/lanplh/article/PIIS2542-5196\(20\)30196-0/fulltext](https://www.thelancet.com/journals/lanplh/article/PIIS2542-5196(20)30196-0/fulltext)

Daggett, C (2018). Petro-masculinity: Fossil Fuels and Authoritarian Desire; *Millennium: Journal of International Studies*. Disponible en: <https://journals.sagepub.com/doi/full/10.1177/0305829818775817>

IPCC (2018). Special Report on Global Warming of 1.5 °C. Disponible en: <https://www.ipcc.ch/sr15/>

Acuerdo de París, Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático, (2015). Disponible en: https://unfccc.int/sites/default/files/spanish_paris_agreement.pdf

Unión Europea (2018). Declaración de Silesia sobre la Solidaridad y la Transición Justa, COP24. (2018). Disponible en: <https://data.consilium.europa.eu/doc/document/ST-14545-2018-REV-2/es/pdf>

Greenpeace Argentina (2010). El disparate económico del carbón. Proyecto Central Térmica Río Turbio. Disponible en: https://wayback.archive-it.org/9650/20200215141409/http://p3-raw.greenpeace.org/argentina/Global/argentina/report/2010/cambio_climatico/disparate-economico-carbon-rio-turbio.pdf

Halvorsen, Erika (2020). La reina del carbón, *Revista Anfibia*. Disponible en: <http://revistaanfibia.com/cronica/la-reina-del-carbon/>

Tunbridge, P. (2021). Argentina: La transición energética de Argentina produce resultados alentadores, pero corre el riesgo de detenerse tal como comenzó. *Global Electricity Review 2021*, EMBER. Disponible en: <https://ember-climate.org/wp-content/uploads/2021/03/Global-Electricity-Review-2021-Arentina-Translated.pdf>

BP (2021). BP Statistical Review of World Energy, 2021. Disponible en: <https://www.bp.com/content/dam/bp/business-sites/en/global/corporate/pdfs/energy-economics/statistical-review/bp-stats-review-2021-full-report.pdf>